

CAPÍTULO 3

BOSTON

Todas las instituciones públicas de Estados Unidos se caracterizan por su gran cortesía. La mayoría de las nuestras podría ser sujeto de una considerable mejora en este sentido, pero es sobre todo la Casa de la Aduana la que debería tomar un mayor ejemplo para volverse menos molesta y hostil con los extranjeros. Aunque la servil avaricia de los oficiales franceses sea ya de por sí despreciable, nuestros hombres hacen gala de una malhumorada y descortés falta de educación, desapacible a todos los que acuden a ellos, indigna de la nación que coloca a estos chuchos irascibles en sus propias puertas.

A mi llegada a los Estados Unidos, me impresionó el contraste que suponía esto con su aduana y con la atención, la educación y el buen humor de aquellos funcionarios que ejercían su deber.

Debido a una demora en el puerto, nuestra llegada a Boston se retrasó hasta el anochecer, de manera que las primeras impresiones de la ciudad me llegaron a la mañana del día siguiente, domingo, de camino a dicha institución. Resultaba llamativa, por cierto, la cantidad de bancos y asientos de toda índole que se nos habían ofrecido mediante invitación formal, antes incluso de que hubiéramos terminado nuestra primera cena en suelo americano, para asistir a la iglesia aquella misma mañana. Sin entrar en demasiado detalle, podría calcular que la amplia oferta habría podido albergar a unas treinta o cuarenta familias extensas, y el número de creencias y credos al que se solicitó el honor de nuestra compañía iba en buena proporción a ella.

Como no podíamos asistir al templo aquel día, a falta de ropa que ponernos, nos vimos obligados a declinar todas estas invitaciones; y yo, por mi parte, a renunciar al placer de escuchar al doctor Channing,

que aquella mañana predicaba por primera vez en mucho tiempo. Menciono el nombre de esta personalidad distinguida y talentosa (a quien más tarde tuve el placer de conocer en persona), para dejar así un registro de mi admiración y respeto por sus elevadas capacidades y su carácter, además de por la valerosa filantropía con la que él siempre se ha opuesto al enorme vicio y repugnante desgracia que es la esclavitud.

Volvamos a Boston. Cuando me adentré en sus calles aquella mañana de domingo, el aire era tan claro, las casas tan brillantes y alegres, las señales estaban pintadas con colores tan llamativos, las letras doradas eran tan doradas, los ladrillos tan rojos, la piedra tan blanca, las persianas y las barandillas tan verdes, los pomos y las placas sobre las puertas tan lustrosos y resplandecientes, y todo era tan leve e impalpable en apariencia que las calles de la ciudad tenían el aspecto de una pantomima. En ocasiones sucede que en las calles más concurridas los comerciantes, si se le puede llamar comerciante a alguien en un sitio donde todo el mundo es un hombre de negocios, viven sobre su propia tienda, de manera que a veces en una sola casa se llevan a cabo actividades muy diversas y todo el frente está cubierto de carteles e inscripciones. Al caminar por allí, me fijaba en ellos en detalle, a la espera de que alguno se convirtiese en otra cosa. No torcí ninguna esquina sin rebuscar al payaso y al Pantaleón que, no cabía duda, se escondían tras alguna puerta o algún pilar cercano. Como Arlequín y Colombina, descubrí enseguida que se alojaban (en las pantomimas siempre andan a la búsqueda de refugio) en el pequeño local de un relojero, en una primera planta cerca del hotel, un lugar del que, además de varios símbolos y artilugios que cubrían casi toda la fachada, colgaba una gran esfera en el exterior. Para brincar por ella, claro.

Los barrios de la periferia tienen, si cabe, un aspecto todavía más impalpable que la ciudad. Las blancas casas de madera (tan blancas que le hacen a uno pestañear al mirarlas), con sus grandes persianas verdes de celosía, están disgregadas y dispersas por todas direcciones, sin que parezcan en absoluto ancladas al suelo; y las pequeñas iglesias y capillas son tan esplendorosas y están tan bien barnizadas que casi me pareció que todo podía fragmentarse poco a poco como el juguete de un niño y guardarse dentro de una pequeña caja.

Me imagino que aquella ciudad tan hermosa causará una muy buena impresión a todos los visitantes. Las casas privadas son, en su mayoría, grandes y elegantes; las tiendas, muy buenas; y los edificios públicos, espléndidos. La Casa del Estado está construida sobre una colina que se alza casi desde la orilla, al principio poco a poco y después en una ascendente empinada. Frente a ella se encuentra un espacio verde conocido como el Common. Se trata de un lugar hermoso desde cuya parte superior hay una encantadora vista panorámica de toda la ciudad y del vecindario. Además de todas las espaciosas oficinas, contiene dos magníficas salas: en una se reúne la Cámara de los Representantes, y en la otra, el Senado. Aquellos procedimientos, tal como yo pude verlos, se llevan a cabo con total seriedad y decoro, calculados como están para inspirar atención y respeto.

No cabe duda de que gran parte del refinamiento cultural y de la superioridad de Boston se debe a la tranquila influencia de la Universidad de Cambridge, que se encuentra a unas tres o cuatro millas de la ciudad. Los profesores residentes de la universidad son hombres eruditos de variados logros y llevarían, sin ni una sola excepción que yo recuerde, gracia y honra a cualquier sociedad del mundo civilizado. Muchos de los residentes de la ciudad y de sus alrededores, y creo que no me equivoco al añadir que una gran mayoría de aquellos que allí se dedican a las profesiones liberales, han sido educados en este centro. Cualesquiera que sean los defectos de las universidades estadounidenses, no se puede contar entre ellos que diseminen prejuicios, ni eduquen fanáticos, ni caven en las cenizas enterradas de antiguas supersticiones, ni que se interpongan entre la gente y su propio desarrollo, o excluyan a ningún hombre por motivos religiosos. Sobre todo, en todo el curso de los estudios y la instrucción, reconocen un mundo muy amplio más allá de los muros de la universidad.

Me resultaba una fuente de inexpressable placer observar el efecto casi imperceptible, aunque no por ello menos cierto, que esta institución provocaba en la pequeña comunidad de Boston; y notar a cada momento los gustos y aspiraciones humanistas que origina, las afectuosas amistades a las que ha dado lugar, y con cuánta vanidad y cuántos prejuicios ha terminado. El becerro de oro que adoran en Boston es un pigmeo en comparación con las gigantes efigies levantadas en otras

partes de aquella vasta tesorería más allá del Atlántico. El todopoderoso dólar se torna algo insignificante en comparación con todo un panteón de dioses mejores.

Sobre todo, me parece que las instituciones públicas y caritativas de la capital de Massachusetts son casi tan perfectas como podrían llegar a imaginarse con la mayor sabiduría, benevolencia y humanidad. Nunca me había emocionado tanto la contemplación de la felicidad, en circunstancias de privación y pérdida, como en las ocasiones en las que visité aquellas instituciones.

En Estados Unidos, todas ellas presentan la maravillosa y agradable característica de ser financiadas por el Estado o ayudadas por este o (en caso de no necesitar su mano amiga) de actuar de acuerdo con él, de ser siempre consideradas del pueblo. No puedo evitar pensar, al considerar este principio y su tendencia a elevar o deprimir el carácter de las clases industriales, que la caridad pública es muchísimo mejor que la privada, sin importar lo generoso de esta última. En nuestro país, donde no ha sido muy popular hasta estos últimos años que los gobiernos mostraran demasiada consideración por esta gran masa de gente o que reconociesen su existencia como seres dignos de mejora, han sido numerosas las instituciones privadas que, sin precedente, han hecho un bien incalculable entre desamparados y afligidos. El gobierno del país, en cambio, al no haber actuado ni tomado parte en ello, no recibe ni una parte de la gratitud que sí inspiran estas. Al ofrecer poco refugio o socorro más allá del que se puede encontrar en el asilo o la prisión, ha sido visto por los pobres, como es natural, como un maestro severo, rápido en la corrección y el castigo, más que como un protector agradable, piadoso y atento en las horas de necesidad.

La máxima que reza que no hay mal que por bien no venga es ilustrada por este tipo de instituciones en nuestro país, como se puede comprobar en el registro de últimas voluntades de la Cámara de Justicia Civil, la asociación de abogados londinenses. Si tiramos por lo bajo, algunos ancianos y ancianas ricos, rodeados de parientes necesitados, redactan alrededor de un testamento por semana. El hombre o la mujer, nunca recordado, ni en sus mejores momentos, por el buen humor, se encuentra lleno de dolores y quejumbres de la cabeza a los pies, lleno de caprichos y antojos, de hastío, desconfianza, sospecha

y disgusto. Cancelar las antiguas voluntades y escribir las nuevas se vuelve el solitario negocio de tal existencia de testador, mientras los amigos y parientes (algunos de los cuales han sido criados solo para heredar una amplia parte de la propiedad y, por ello, han sido desde la cuna incapacitados para dedicarse a ningún otro objetivo más útil) son tan a menudo, de forma inesperada y sumaria, retirados de ellas, vueltos a incluir y retirados de nuevo, que toda la familia, incluso los primos más lejanos, se mantiene en una inquietud perpetua. Al final se vuelve evidente que a la anciana o el anciano no le queda mucho y, cuanto más evidente se vuelve, con mayor claridad percibe este que todo el mundo conspira contra el pobre pariente viejo y agonizante, por lo que redacta una nueva última voluntad (la última de todas), la oculta en una tetera china y muere al día siguiente. Con todo, resulta que todas sus posesiones y sus bienes se dividen entre media docena de organizaciones caritativas y que el muerto testador ha ayudado de puro rencor a hacer mucho bien, aun si con ello ha tenido que provocar una inmensa cantidad de mal y de miseria.

La Institución Perkins y Asilo para Ciegos de Massachusetts de Boston es supervisada por una junta de administradores que hace un reporte anual a la corporación. Los indigentes ciegos de ese estado son admitidos sin coste. Los del estado vecino de Connecticut, o de los estados de Maine, Vermont o New Hampshire, son admitidos por orden del estado al que pertenecen. Si esto falla, deben conseguir de sus amigos el pago de alrededor de veinte libras inglesas para la instrucción, el alojamiento y las comidas del primer año, así como diez para el segundo. «Después del primer año», afirman los administradores, «se abre una cuenta corriente para cada uno, donde se les cargan los gastos del alojamiento y de la manutención, que no excederán los dos dólares por semana»; una pequeñez de más de ocho chelines ingleses; «y se le abonará la cantidad pagada por el estado o por sus amigos, además de sus ganancias sobre el coste de las existencias que use, de manera que todo lo que gane por encima de un dólar a la semana le pertenecerá. El tercer año se evalúa si estas ganancias suman más que el coste de su manutención. Si lo hacen, podrá elegir entre quedarse y recibirlas, o no. No se mantiene a los que no puedan ganarse la vida, ya que es poco deseable convertir el establecimiento en una casa de beneficencia

o mantener a todos menos a las abejas obreras del panal. Aquellos que por imbecilidad física o mental no puedan trabajar están, por lo tanto, descalificados para ser miembros de una comunidad industriosa y mejor sería llevarlos a establecimientos preparados para enfermos».

Fui a conocer este lugar una mañana muy agradable de invierno, coronada por un cielo italiano, con un aire tan claro y brillante por todas partes que incluso mis ojos, que no son de los mejores, podían seguir las ínfimas líneas y piezas de tracería de los edificios lejanos. Como la mayoría de instituciones públicas de este tipo en Estados Unidos, esta se encuentra a una milla o dos de la ciudad, en un entorno alegre y saludable, y es un edificio amplio, espacioso y robusto. Está construido a tal altura que preside el puerto. Cuando paré por un momento en la puerta y me di cuenta de lo fresca y libre que resultaba toda la escena, donde las destellantes burbujas sobre las olas que brotaban hacia la superficie en todo momento, como si el mundo de debajo, al igual que el de arriba, brillase con el día radiante y manara con la plenitud de la luz; cuando entre vela y vela vi a lo lejos, sobre un barco en el mar, una pequeña mancha de blanco reluciente, la única nube sobre el tranquilo, profundo y distante azul y, al darme la vuelta, vi un chico ciego con su rostro invidente dirigido hacia allí, como si él también sintiera dentro de sí la sensación de la gloriosa distancia, sentí pena de que el lugar fuera tan luminoso y un extraño deseo de que, en consideración con él, fuera algo más oscuro. Por supuesto, solo fue algo momentáneo y una mera imaginación, pero todo aquello me hizo sentirlo con intensidad.

Los niños estaban afanados en sus tareas diarias en distintas habitaciones, excepto algunos a los que ya se había dejado salir y jugaban. Aquí, como en muchas otras instituciones, no se lleva uniforme. Este hecho me alegró mucho por dos motivos: en primer lugar, porque estoy seguro de que no son sino la insensata costumbre y la falta de reflexión quienes nos reconcilian con las libreas y las insignias que tanto apreciamos en nuestro país; en segundo lugar, porque la ausencia de estas cosas presenta a cada niño ante el visitante en su único y propio carácter, con su individualidad sin igual, no perdido en una repetición sosa, fea y monótona del mismo atuendo insignificante, lo que supone una consideración importante. La sabiduría de fomentar

un pequeño orgullo inofensivo en la apariencia personal incluso entre los ciegos, o la extravagante absurdez de considerar la caridad y los pantalones de cuero como compañeros inseparables, como hacemos, no requieren comentario alguno.

El buen orden, la limpieza y la comodidad preveleían en todas las esquinas del edificio. Las distintas clases, que se reunían en torno a sus profesores, respondían a las preguntas que se les formulaban con presteza e inteligencia, con un ánimo jovial de competitividad por ser los primeros que me complació mucho. Los que jugaban estaban llenos de entusiasmo y eran ruidosos como cualquier niño. Parecían existir entre ellos amistades más espirituales y afectuosas que las que se pueden encontrar entre jóvenes que no sufren privación alguna, pero esto ya me lo esperaba y estaba preparado para ello. Es parte del gran esquema de consideración piadosa del cielo por los afligidos.

En una parte de aquella construcción, separada para este fin, se encuentran los talleres para los ciegos cuya educación ya ha terminado y que han adquirido un oficio, pero que no pueden llevarlo a cabo en una fábrica normal debido a su privación. Allí trabajan muchas personas. Hacen cepillos, colchones y útiles similares, y la alegría, el saber hacer y el buen orden discernibles en todas las otras partes del edificio se extienden también a este departamento.

Cuando suena una campana, todos los alumnos acuden, sin guía ni líder, a un auditorio espacioso donde toman asiento en un patio de butacas erigido para este cometido, y en el que escuchan con placer manifiesto el órgano, tocado por uno de ellos de forma voluntaria. Al terminar, el intérprete, un chico de unos diecinueve o veinte años, pasó el testigo a una chica, con la que todos cantaron un himno y después una suerte de coro. Resultaba entristecedor observarles y escucharles, felices en su condición incuestionable. Entonces una niña ciega, a la que una enfermedad le impedía hacer uso de las extremidades, se sentó cerca de mí con el rostro dirigido a ellos y, en silencio, lloró mientras los escuchaba.

Es extraño, al observar a los ciegos, ver lo libremente que se muestran en su cara todos los pensamientos que les pasan por la mente. Cualquiera con vista se sonrojaría ante tal conciencia de la máscara que todos llevamos. Con una expresión ansiosa que nunca está ausente

de sus semblantes y del tipo que nosotros detectaríamos enseguida en nuestros rostros si tratáramos de orientarnos en la oscuridad, todas las ideas, cuando aparecen en ellos, se expresan a la velocidad de la luz y de forma muy natural. Si una compañía teatral de gira, o en el salón de la corte, pudiera ser por una vez tan indiferente a los ojos que le miran como lo son los hombres y mujeres ciegos, qué secretos se desvelarían y qué servil a la hipocresía nos parecería esta vista, cuya pérdida tanto lamentamos.

El pensamiento se me ocurrió mientras me sentaba en otra habitación, ante una chica ciega, sorda y muda, sin sentido del olfato y casi tampoco del gusto, frente a esta hermosa joven con todas las facultades humanas, toda la esperanza y toda la capacidad de dulzura y afecto encerrados en su delicado marco, pero con un sentido que la conectaba con el exterior, el del tacto. Allí, frente a mí, se encontraba enclaustrada en una celda de mármol, insensible a los rayos de luz y al sonido, mientras merodeaba con una mano blanca por una rendija de la pared en busca de la bondad de alguien cuyo alma inmortal pudiera invocar.

Mucho antes de que yo la viera, la ayuda ya había llegado. Tenía la cara radiante de inteligencia y placer. El pelo, trenzado por sus propias manos, estaba recogido sobre una cabeza cuya capacidad intelectual y desarrollo se expresaban con hermosura en su contorno elegante y su amplia y lisa frente. El vestido, arreglado por ella misma, era una muestra de pulcritud y simplicidad. El trabajo que había tejido se encontraba a su lado y su cuaderno, en el escritorio sobre el que se inclinaba. De la triste ruina de su pérdida, poco a poco había surgido un bondadoso ser amable, tierno, inocente y elegante.

Como otros internos de aquel hogar, llevaba un lazo verde atado sobre los párpados. Una muñeca a la que ella había vestido reposaba cerca, en el suelo. Al cogerla, vi que le había hecho una tira como la que ella llevaba y que se la había atado alrededor de los mímicos ojos.

Estaba sentada en un recinto pequeño, conformado por escritorios de escuela y bancos corridos, mientras escribía en su diario. Pero pronto terminó su objetivo y se sumió en una animada comunicación con una maestra que se sentaba junto a ella. Esta era la profesora favorita de la pobre pupila. Si pudiera ver el rostro de su hermosa institutriz, estoy seguro de que no la habría querido menos.